

[1]



de la vida cotidiana en la que todos — dice Lola, desde lo alto de la escalera de caracol como ahora le ha dado por uno de esos dúplex de película — simulamos sentirnos tan verdaderos y tan cómodos, tan con tanta seguridad instalados no queriendo saber nada de la precariedad, de la inestabilidad, del riesgo de que la farsa se nos desmorone y caigamos, por necios, por ineptos, por vanidosos...

– Basta, Lola — le digo —; haga

el favor, le ruego, de bajarse de ahí y poner los pies en tierra firme.

– Y, ¿cuál es, dónde está eso que usted llama tierra firme?

– Pues ésta, Lola — contesto — el parqué desde donde le hablo.

– ¿Desde el parqué? ¿Está seguro de estar hablándome, lisa y llanamente, desde eso que usted con tan inocente bonhomía llama parqué?

– Y, tú, ¿Qué le contestaste?

– Nada. No supe contestarle — le contesto a mi madre.

– Eso va a ser, a lo mejor — la camarera — porque a Lola, y quien sabe si no a usted mismo, se le ha ido de las manos algún que otro alguien.

Versaciones de un chupaplumas

Cualquier lector versado en ficciones

[2]

– A veces pasa, nos ocurre a todos — el barbilampiño de los zapatos de tacón pistacho —, que cuando creemos que..., cuando pensamos que...

– ¿Qué creemos? — la chica de las botitas — ¿Qué pensamos?

– Puta; puta, puta, puta, puta — Indalecio.

– Que la pregunta era de literatura, Anselmo — la señora de los boquerones.

– Eso va a ser, a lo mejor — la camarera suplente — porque Lola, y quien sabe si no usted mismo, se le ha ido de las manos a alguien.

– Pero, ¿a quién? — mi amigo; no queriendo saber nada de la precariedad, de la inestabilidad, del riesgo de que la farsa se nos desmorone y caigamos, por necios, por ineptos, por vanidosos...